
1

Era una noche extremadamente oscura. Tumbada en la cama de su habitación, Reina se entretenía observando la ventana entreabierta que dejaba pasar un aire templado, se movían levemente los visillos, se enredaban, formaban pliegues blandos y se inflaban y desinflaban como globos de cumpleaños. El viento traía olor cítrico y salado del Mediterráneo. Eran las nueve y sus padres saldrían y les dejarían solos de nuevo con doña Francisca. Reina se dio cuenta una vez más de que nadie podía evitar que pasara otra noche asustada. Tenía un presentimiento, sucedería algo, no debían partir, ni dejarla a ella y a su hermana Luna con los mellizos, salían y les abandonaban con unos bebés que apenas entendían nada, que ni sabían que les dejaban. Descubrió que definitivamente nunca pasaría un día sin su noche.

La niña observó su lamparilla temerosa de que la boca de la oscuridad tragara el leve resplandor. Era como un trozo de día parado en pausa, luchando por mantenerse. Se incorporó, sentándose en la cama, experimentó el movimiento como una sensación nueva, y mientras balanceaba los pies en el vacío llamó a su her-

mana, que dormía en la cama de al lado. Luna se volvió refunfuñando y envolviéndose en la sábana, se cubrió el rostro. Lloriqueaba.

Sus sollozos se confundían con el rumor del mar cercano, la sal que espesaba la oscuridad de la habitación partida sólo por fognazos de luz anaranjada, los matices de lo oscuro sobre su armario que pegado a la pared sostenía juguetes en equilibrado desorden. Era su armario.

Reina observó la puerta, temblaba, luego perdió la vista en un lugar conocido del techo, envolviéndose en las sábanas, concentró su atención en los sonidos de la casa. Se oía a sus padres discutir de nuevo. Creía que se separarían, imaginarlo le producía un gran horror. No quería pensar y lo pensaba, y al hacerlo el significado de la discusión adquiría otras dimensiones en paralelo a su miedo. Su madre pedía sollozando a su padre que no se metiera en líos; por qué tenía que ser siempre él si había otra gente en el mundo. Su padre respondió que si todos pensaran así nadie haría nada. Los bebés emitían voces de esas que en cualquier momento se rompen y se vuelven escandalosas. Acotó los ruidos. Sabía que ellos iban a venir. No iban a salir sin despedirse. Nunca lo hacían. Luego, la nada. El silencio de la noche.

La nada.

Reina empujó las sábanas. Se movió lentamente, se irguió, dio unos pasos hacia el armario. La espalda apoyada. El tacto repetitivo. Era algo muy extraño a lo que se acostumbraba pesadamente; cuando pensaba en algo malo, cuando una imagen fugaz de una catástrofe aparecía, debía realizar ciertos ritos que ella conocía para recuperar la calma, la paz. Ahora sentía de nuevo la convulsa necesidad de levantar las manos para agarrarse del borde alto del armario. Apartar los pensamientos.

No pensar de nuevo. Lo consiguió cuando se puso de puntillas. Levantó los pies. Hizo tres flexiones. De repente se cayó un peluche, lo dejó en el suelo y se volvió hacia la cama, pero se giró de nuevo con el ceño fruncido y los labios apretados.

Debía repetir.

Otra vez de espaldas; el impulso, como una corriente autoritaria, era desesperante porque quería dormir pero antes debía repetir las flexiones. De repente en el pensamiento el caos que ella controlaba con el gesto. Después podría descansar, jugar un rato más o mejor anotar en su libreta de inventos una idea. Sí, entretenerse, controlar para no pensar, ese desorden interior ahogaba. Debía controlar la tormenta, encontrar el silencio. Bordear el silencio.

Sería una gran inventora, crearía trajes que volverían invisible a quienes se los pusieran, también algo práctico como colocar en el extremo superior del palo de la escoba un plumero; así tendría una doble utilidad, se lo diría a su padre y a lo mejor ganaba mucho dinero y podrían hacer un viaje y comprar el televisor. Estaba todo organizado, ese invento iría antes de otro, un aparato, como un teléfono interno conectado con el exterior, que permitiera elegir las palabras exactas y adecuadas para hablar con los demás. Quería que sus palabras pudieran expresar sus verdaderas intenciones. Así se podría evitar, por ejemplo, que una madre, cuando se le dice una frase agradable, creyera que se le pide algo a cambio o se la pretende engatusar para conseguir el televisor. Eso es triste.

Había conseguido apaciguar ese desorden de su pensamiento. De nuevo en calma, se recolocó el pantalón de pijama que se había arrugado alrededor de sus rodillas. Volvió a la cama.

Saltó liberada.

Pero nada más taparse con las sábanas, se levantó de nuevo. Dando unos pasos hacia el armario, repitió mecánicamente los movimientos anteriores, luego retornó hacia la cama donde se tiró extenuada.

El sonido del somier era metálico y largo, se extendía y huía; entonces su madre desde su dormitorio emitió un gruñido. Después apareció en la puerta colocándose el pelo y con una barra de labios en la mano. Llevaba el bonito traje de chaqueta celeste pero que sólo se ponía para salir por la noche. Tan guapa.

A Reina le gustaba mirarla. Tenía esa cara de las actrices italianas, morenas y con labios abultados. Le gustaba su nariz, pero su madre ahora tenía los dientes apretados y parecía muy enfadada. La señalaba con el índice mientras movía la mano. Estaba harta porque ella se portaba muy mal y despertaba a sus hermanos, ya estaba harta porque era la mayor-ya-tenes-siete-años-pero-pareces-un-bebé, estaba harta porque nunca obedecía a la primera, estaba harta porque se colgaba del armario y hacía flexiones, porque tiraba sin parar objetos al suelo y como siguiera así iría a un colegio interna y eso a ella le asustó porque entonces no podría cuidar a sus papás.

Ella se preocupaba constantemente por ellos.

De repente se oyó un llanto, era Luna que lloraba intensamente.

Su madre se sentó al borde de la cama. Acarició su pelo oscuro murmurando estupideces cariñosas. Luego se puso en pie. Se acercó a la puerta. Se volvió. Puso sus dedos largos sobre la boca y lanzó un beso experto. Justo entonces llegó su padre.

Le oyó acercarse desde la sala de estar, reconoció sus

pasos largos y secos. Se paró en el umbral de la puerta. Sin entrar, dio instrucciones a Reina, ella era la mayor, debía portarse bien y dar buen ejemplo. Doña Francisca se quedaba con ellos pero ella debía ayudarla.

—Reina, deja de hacer tonterías y ocúpate de lo que quiere tu hermana —gritó su madre.

—Es sólo una niña, debes dejar de increparla —dirigiéndose a Reina añadió—: Y tú, nena, relaja esa cara de angustia, nos vamos sólo por unas horas, ni siquiera vamos muy lejos.

—Siempre la defiendes —refunfuñó su madre—, así la vas a malcriar. Por cierto, llamó Dorón, dijo que ya teníais aquí la mercancía, que esperes noticias de Samuel Hayón y Harel.

—Julia, olvida esos nombres, después del caso de los Abitbol hay que estar prevenido nada más, nada lo impide, pero tampoco se permite.

Hablaba cariñosamente.

Clavó en ella sus ojos negros y movió metódicamente los labios sonrientes.

Siempre observaba el dulce vaivén del bigote espeso y recto.

Reina había oído varias veces acerca de los Abitbol y los pasaportes falsos. Intrigada preguntó en muchas ocasiones, pero fue su madre, seguramente para que se callara, quien se lo contó pidiéndole que no hablara con nadie de eso y explicándole que era la razón por la que creía que era mejor no participar en esos asuntos: «En una clínica de Casablanca, en el año 57, se organizaba la salida clandestina de judíos marroquíes hacia Israel. El médico era un judío de origen rumano que se casó con una mujer de Estrasburgo. El Mossad le pidió en una ocasión que hiciera un viaje a Tánger de turismo y lo

hizo con una pareja, los Abitbol. Se les dijo que alquilaran un coche y así lo hicieron y volvieron a Marruecos con el coche. La policía les arrestó cerca de Tánger y no les creyó cuando dijeron que no tenían nada que ver con esos pasaportes falsos que encontraron. Intervino incluso Mèndes France. Les encarcelaron en Tetuán, capital del Marruecos español hasta el siete de abril de 1956, así que aún era importante la presencia española. Y además poco después de los pasaportes se interceptó un grupo de unas trescientas personas en Tetuán. Yo no digo que no haya que ayudar a esta gente a irse a Israel —concluyó su madre—, pero nosotros no estamos preparados para hacerlo, no nos corresponde y nos pone en peligro, bastante tiene tu padre con su trabajo y sacarnos adelante, que no sabemos qué vamos a hacer.»

Reina no sabía qué era el Mossad, pero lo que de verdad le preocupaba era la marca del coche. Recordó con temor lo que le había contado su madre. La verdad es que no estaba preparada para tanta información, una cosa es preguntar y otra que respondan. Observó de nuevo a sus padres que seguían en la puerta de su habitación.

Su padre, volviéndose a su mujer, dijo que ya estaba cansado de salir por la noche, de estar todo el día en el almacén con los pedidos y los clientes, no era fácil negociar con gente para quienes la negociación es un ritual sin límites, para quienes la palabra dada es siempre la última; además, ahora se ocupaba del colegio judío, del Talmud Torah. Y administrar algo de acuerdo con los demás era hacerlo a gusto de nadie. Qué necesidad tenía, un trabajo añadido que nadie valora, él sabe que es necesario, pero es una gran responsabilidad y le compromete, hay muchos riesgos en ser visible, sobre todo

en estos tiempos. Si no es porque su familia lo hacía desde generaciones. Y ahora salir con ese grupo de atontados que lo único que piensan es en comprarse un televisor. Y ya estaba bien porque él lo compraría cuando pudiese, la situación no era buena. No, la situación es mala. Hay mucha tensión. La tensión no tiene carteles de aviso, aparece de repente como el levante, al menos hay ya una tierra donde podemos vivir sin que nos hagan un favor. Aquí ya no es lo mismo y la vida se ha vuelto provisional. La ciudad se vacía, y si compramos el televisor ni siquiera sabemos si lo podremos llevar.

Escuchó «si lo podremos llevar», pero no se detuvo en la frase. Después pensaría en su significado. Reina vio el brillo en los ojos marrones de su madre, un brillo que ella reconocía porque después se convertía en lágrimas y su padre entonces se enfadaba, ella no podía ver llorar a su madre; quiso evitarlo, saltó de la cama, se acercó a la de su hermana y tiró de la sábana que la cubría. Y Luna, que se había calmado, comenzó a llorar de nuevo, entonces sus padres se volvieron hacia ella y la castigaron sin Pepsi-Cola esa noche.

Su padre era el representante de la Pepsi para el Reino de Marruecos; a Reina le impresionaba la palabra «reino» junto al cargo de su padre. Tenía un almacén donde recogía la mercancía junto a un garaje. Trabajaban para él varios empleados. Había oído que consiguió esa exclusividad gracias a un compañero de colegio con el que mantenía una buena amistad. Era hijo de un consejero del Rey y le dijo a su padre en una ocasión: «Basta con que desees algo para que me lo pidas y lo obtengas.» Se llamaba Said Ben Alaoui. Vivía en una mansión en la carretera que llevaba a la playa de Restinga, y paseaba por Tetuán como si se tratara de un territorio per-

sonal. La gente se apartaba cuando pasaba y los niños se amontonaban a su alrededor pidiendo limosna. Había conseguido una fortuna personal «vendiendo favores», recuerda Reina que dijo su padre, pero luego como justificándole añadió que había quien sin cobrar ponía impedimentos, que gracias a su amigo podían vivir. Pero para ella lo importante es que había descubierto que la Pepsi-Cola tenía el poder de eliminar sus pesadillas.

Una noche su madre se acercó balanceando una botella de cristal. Había quitado el tapón. La sorprendió ese sonido esponjoso y chispeante; luego al beber despacio le invadió por dentro ese mismo sonido, una frescura tranquilizadora como cuando escuchaba cuentos o historias y pudo dormir de un tirón sin monstruos y sin esa sensación sombría que la invadía por la noche, un vértigo apagado que comenzaba desde el atardecer y que iba incrementándose mientras anochecía como si se alimentara de la oscuridad.

Doña Francisca despidió a sus padres en la puerta de la calle y entró al cuarto de los bebés que lloraban.

La verdad era que desde que nacieron los mellizos sus padres ya no la querían igual. Siempre parecían ocupados haciendo algo y no podían atenderla y ella sólo quería contarles un nuevo invento porque estaba convencida de que eran estupendos y exóticos, pero si nadie le hacía caso entonces ella no podría hacer nada y se perderían una oportunidad. No sabía exactamente de qué pero era como cuando jugaban al escondite en el patio del colegio; a veces ella sabía dónde podía encontrar a unos cuantos niños pero si no corría hacia ellos enseguida, entonces salían y ya no servía haberlo sabido antes. Además de saber, el conocimiento debe ser útil y en su momento.

Tenía mucha prisa, como si debiera correr hacia algún lugar, no sabía aún hacia dónde. Pero tenía prisa.

Luna lloraba, escandalosamente.

—Cállate ya —suplicó Reina—, no ves que ya se han ido. Me molestas para nada. Cuando vuelva mamá sigue llorando, ¿tiene sentido llorar si nadie te escucha?

Pero Luna, en lugar de entenderlo, se sentó en la cama dando gritos, los gritos recorrían la habitación, empujaban las paredes y rebotaban hacia el oído de Reina.

—Tú no me escuchas —exclamó—, lloro para ti.

Reina no supo si Luna preguntaba, no entendía qué quería decir.

Doña Francisca se acercó a la habitación con sus pasos sigilosos. Al andar arrastraba los pies sobre el azulejo apoyándose en su bastón, lo que producía un sonido triangular y desagradable.

—Leches con la niña —increpó Francisca, pronunciando lentamente las sílabas como una papilla pastosa fácil de triturar sin dientes.

Clavó los ojos en la cama de Reina, pero sin darse cuenta de que ella ya no estaba ahí, de que había colocado bajo las sábanas una muñeca con el pelo castaño que sobresalía. Reina permanecía escondida bajo la cama y a gatas salió hacia el comedor. Su habitación estaba justo enfrente de la de sus padres. Y el comedor al final del pasillo entre las dos. La distribución de la casa no era la habitual, porque sus padres habían unido dos pisos. La casa pertenecía a su abuelo materno, pero en realidad era como si fuera de ellos. Estaba situada en la zona norte de la calle principal, en la calle Bengualid. Entre la calle Batual y Mohamed Torres. Cerca de una plaza. En el comedor, Reina se escondió bajo una mesa redonda con un mantel que llegaba hasta el suelo y que

le servía para ocultarse. Oyó a lo lejos los gritos de su hermana y luego a doña Francisca llamándola. Acudió a la llamada.

—Doña Francisca: ¿Dónde está tu casa exactamente?

Doña Francisca se dirigió a la ventana que estaba entre las dos camas. Reina y Luna se acercaron también.

—Allí vivo, en ese rectángulo encendido, ésa es mi casa desde hace muchos años; a veces, cuando me asomo, veo vuestro balcón y me quedo pensando en cómo vais creciendo, se mezclan las imágenes de vuestra madre de pequeña con vosotras, pero tú no tienes sus ojos y éstos son días difíciles, sobre todo para vosotros; pero niña, hemos visto tiempos terribles, trabajé en casa de tu abuela, éramos muy amigas. Cuando tu abuelo estuvo en la cárcel tu abuela esperaba su tercer hijo y tu madre aparecía siempre con una herida nueva. Venía llorando, la tiraban de la coleta y la llamaban judía sin patria y en el conservatorio decían que preparaban salas de tortura; pero creo que estos tiempos son peores, nada que ver con los peligros del pasado, que eran males conocidos. Aunque parece que es imposible superar el mal anterior, y mira, el hombre siempre lo consigue.

Vivía justo enfrente y a Reina le producía una rara sensación cuando doña Francisca le señalaba su ventana. Era como experimentar una existencia distinta; de repente aparecía otra casa con muebles y lámparas y la persona que debía estar allí estaba aquí señalándolo con su dedo delgado y nudoso. Se imaginó que si corría tal vez llegaba al otro lado a tiempo de verse a sí misma y también a su madre de niña; en los ojos de Francisca se guardaban sus imágenes. Recreó la vida de aquella mujer en ese trozo de ventana cubierta de verde.

—¿Siempre has vivido ahí?

—No, no siempre, siempre es mucho tiempo. Independencia, gritaban, *Istiqlal*, pero uno piensa que no es posible el cambio. Luego todo cambia y la realidad se vuelve a fijar de tal manera que parece de nuevo inmovible. La zona española vivió los acontecimientos con mayor tranquilidad que la zona francesa, creo, y España cedió a la independencia, recuerdo que era el mes de abril, hace ya unos años, pronto hará diez. Recuerdo la gente rompiendo pasaportes. Desde mi ventana descubrí entre la multitud a tu padre, que gritaba y rompía pasaportes, luego me dijo que no eran suyos. Pero esa de ahí es mi casa, no importa dónde esté si es tu casa. Yo quería una casa en el pueblo de mi madre; ella era de Asturias, allí no creemos en fantasmas, pero conocemos el lado mágico de la realidad, nos abrimos a esa experiencia, pero mi casa es ésta, no importa lo que se quiera, lo importante es lo que se va a querer después.

Doña Francisca esta vez no movió la mano, la dejó caída sobre el alféizar y moviendo únicamente la dura barbilla hizo un gesto hacia la calle. Decía su madre que era una mujer muy fuerte, sola sacó adelante a sus cuatro hijas, pero Reina no entendía qué fue del marido. Cuando se lo preguntaba a su madre, ella hablaba de otra cosa. A veces intentaba preguntar a Francisca, que perdiendo la mirada en algún punto del suelo encogía el rostro, que parecía aún más delgado y viejo.

Luna volvió a su cama, pero Reina quería alargar el instante. Se volvió hacia el rostro de la anciana. Sentía fascinación por él, le producía dos sentimientos encontrados: por un lado no podía evitar detenerse en las arrugas que lo exprimían, primero abultadas y ensegui-

da profundas en oscuridad verdinegra; ni podía dejar de observar con extrañeza la nariz larga, ni la boca sin labios, como una raja que se abría y cerraba gracias al movimiento tembloroso de la barbilla extendiéndose en finos rizos de carne que se escondían en la ropa negra. Pero, por otro lado, se estremecía cuando se encontraba con sus ojos como pozos oscuros.

Cuando le preguntaba acerca del padre de sus hijas, su gesto se volvía inquietante y después de un suspiro tardaba en reorganizarse. Meses atrás Reina se quedó varios días en cama por un dolor en la pierna. Tenía que ver con su garganta y sus amígdalas; cuando se quedó sola con ella preguntó:

—Si tienes hijas, también has tenido que tener un marido, ¿no es así?

—Mis hijas son muy buenas, he tenido mucha suerte con ellas, niña, quería un varón, pero ahora estoy agradecida a Dios.

—¿Y le pediste a Dios también un marido?

—¡Ay Jesús, siempre preguntando! Hay que entender lo que viene, los hombres y las mujeres mayores hacen cosas muy difíciles de entender, pero los años y el tiempo alejan el daño. Todos tenemos nuestros secretos. Y tú aprenderás a no pensar en los tuyos.

Recuerda que sus palabras eran tranquilas, pero también que su rostro lo cruzó una extraña expresión de dolor y descubrió lágrimas en sus ojos. Y Reina se prometía no volver nunca, nunca, a interrogarla.

Entraba un aire fresco. Se sentía ligera. Pero a veces es mejor no saber, como cuando quiso conocer qué pasó con el marido de su tía abuela Rachel. Entonces no pudo dormir en una semana y eso que se lo explicaron con mucha delicadeza. El marido de su tía Rachel era

corpulento. Decían que se parecía a John Wayne, aunque ella no sabía quién era ese hombre. Mantenía muy buenas relaciones con el régimen, escuchó que decía su padre, y lo dijo en tono de respeto a la vez que con cierta preocupación. Solía asistir a fiestas y conocía a la gente importante, aunque sabía que entre su abuelo materno y él había muchas discrepancias por ideas que el abuelo debía callar siempre. Sí, a veces es mejor no saber, evitar saber ciertas cosas; pero lo peor no era el momento de descubrirlas, parecía que las ideas tardaran en encajar en su interior: al principio no le producían ninguna sensación, como si estuviera protegida; pero después, justo cuando parecía entretenida con un juego divertido o pensando en algo que sucedió en el día, aquello que le habían contado aparecía de nuevo pero ahora convertido en imágenes tenebrosas, en angustiantes ideas, sombras y oscuros temblores. Entonces ella cerraba los ojos, los apretaba, se cubría el rostro con las sábanas, temblando; y saltaba de la cama hacia el armario y finalmente respiraba profundamente una vez, dos veces, y de nuevo podía pensar en sus inventos.

Doña Francisca suspiró, su respiración parecía un lamento; cerró la ventana «porque aún no es verano, todavía falta para el calor, podéis resfriaros y no es nada bueno, luego no podéis ir al colegio y las mañanas yo estoy ocupada, que tengo una nieta de vuestra edad, pero no da tanta guerra, claro que con la piel tan morena que nadie diría que es mi nieta y eso que el padre parece muy español», y se sentó entre las dos niñas. Tal vez mañana.

Luna parecía dormida, los mellizos también, pero el aire sobre los cristales y el sonido de la mecedora no dejaban dormir a Reina.

Era un sonido inquietante. Simétrico. Dejaba apenas un tramo de silencio como una espera tenue y rápida. El miedo seguía resonando imperturbable desde su interior. Reina pidió a la anciana que le contara una historia, aquella de cuando llegaron los españoles a Tetuán y trajeron objetos interesantes. Quería saber cómo eran las fiestas de los militares y cómo vestían sus mujeres, y también quería saber cómo eran los palacios árabes, si tenían tesoros en las paredes. Una vez escuchó hablar de un barco, se llamaba el *Pisces*, no recuerda la conversación, pero supo que era gente que viajaba a Eretz Israel. No sabía exactamente dónde estaba eso. Entonces doña Francisca y ella crearon un juego. Se llamaba el juego del Pasaporte falso. Cada noche inventaban la historia de uno de los pasajeros de ese barco. Personas que deseaban iniciar una nueva vida, salvarse y empezar de nuevo. Decían: «Hoy damos un pasaporte falso a...», y así inventaban vidas de personajes que podían ser reales. Incluso doña Francisca, algunas tardes, consultaba la biblioteca de su padre para descubrir nuevos nombres. Ese juego gustaba mucho a la familia, y su padre veía en él una manera de instruirla, eso dijo, pero en realidad a ella lo que le emocionaba era la parte de la aventura, del viaje. Pero doña Francisca esa noche no quería contar nada porque era tarde, quería que se durmiera y salir a la luz y terminar unas sábanas. Reina insistió. Doña Francisca accedió:

—José Jabes Benchimol. Es de Tetuán, pero vive en Xauen. Es un hombre muy religioso, rasgo de su personalidad que no perderá aun cuando se enfrente a su familia para casarse con la hija de un coronel del ejército español, Puri del Río, que estudiaba en el colegio de las carmelitas y que conoció un día de Yom Kipur. Para Ja-

bes Benchimol el encontrarla por casualidad el día del Yom Kipur era una prueba de lo conveniente de su amor y también cambió su vida. Ella murió dos años después dejándole solo. Nunca se recuperó de ese dolor. Es escritor de vuestros textos sagrados. Para escribirlos, escuché decir que deben hacer ayuno, pero él va más allá, hace ayuno y además entona unos cánticos con una voz conmovedora. Dicen que los textos que escribe para las *mezuzot*, que luego están en los umbrales de vuestras puertas, tienen cualidades especiales. Decidió irse a Tierra Santa. Dejó a su madre y diez hermanos en Xauen y recorrió el camino que le llevó al *Pisces*. El barco salía de Casablanca. Pensaba con el tiempo ayudar a su familia para ir con él. Y ahora a dormir.

—¿Cuántos años tiene?

—Cincuenta y cinco años. Y después de pensar que no volvería a amar, al llegar al barco se enamora de Perla Hadida. Pero ésa es otra historia.

Sus padres tardaban.

La oscuridad amenazaba la habitación como una boca gigante. Tardaban. Se envolvió en la sábana, los pies fríos, se acurrucó sobre su cuerpo, temblaba. Doña Francisca tenía los ojos cerrados. Un ruido extraño llegó desde la calle. Penetró despacio, se instaló allí, era un ruido largo que acechaba, su madre no estaba, si no podría llamarla, acercarse a su abrazo tranquilizador y volver al sueño. ¡Mamá! Deseaba gritar, pero ahora el silencio era gigante, perverso y malvado, escondía ese ruido en sus rincones. Ella, diminuta, se apretaba en la cama.

Tal vez se habían perdido. La noche era oscura y a veces las calles pequeñas y estrechas podían parecerse

las unas a las otras. Era fácil confundirlas. Era tarde y no venían. Una vez oyó algo acerca de un robo y otra vez cuando sus padres charlaban en el comedor, escondida bajo la mesa, escuchó algo horrible sobre un asesino. Era un asaltante de caminos que atemorizaba a los comerciantes judíos. Deseaba intensamente verlos aparecer. Sabía que entonces olvidaría esos temores, pero hasta que no volvieran no podía saber si era verdad que eran absurdos, porque una vez pueden no serlo; además, siempre sucedía que volvían y ella había estado igual de preocupada, tal vez era necesario estarlo.

Doña Francisca dormía, guardaba imágenes, secretos; temió perderla, era como perder su libreta, perder lo que sabía, podía oír el sonido brusco de su respiración y ver su perfil en sombras, cubierto de la oscuridad de la noche. Y de vez en cuando un ruido seco, cortante, a veces gente hablando en la calle y otras un coche; pero todos esos sonidos traían un silencio mayor, un silencio como eje de algo tenebroso y expectante, ¿qué había dicho Doña Francisca sobre este tiempo? Dijo algo acerca de males peores, y ella no entendía qué había querido decir. ¿Habría algo peor que esa tardanza de sus padres?